

(Traducción en español de la transcripción)

Manila, 14 de enero de 1997

Discurso de Chiara Lubich para el doctorado honoris causa en Sagrada Teología

Rev.mo Padre Rolando V. De La Rosa, Rector Magnífico, S.Exc. Gian Vincenzo Moreni, Nuncio Apostólico, S.Em. Jaime Cardinal Sin, Rev. Padre Rodel Aligan, Secretario General, Rev. Padre Maximo Marina, Vice Secretario General, Señor Rodolfo Clavio, Escribano.

Hemos llegado pues al momento en el cual su benevolencia ha querido conferirme el doctorado en Sagrada Teología.

Aunque asombrada y todavía incrédula, expreso mi más sentido y profundo agradecimiento.

Pero, ¿tiene alguna relación la teología con mi persona, con la función que desempeño al servicio de la Iglesia? Lo podrán deducir ustedes mismos, señores, si tienen la amabilidad de escuchar algunos episodios de mi pequeña historia.

Iniciaré con sencillez a narrar algo de mi juventud, cuando mi ideal era el estudio, en especial, el estudio de la filosofía. Indagar con filósofos antiguos y modernos, en busca de la verdad, era lo que satisfacía plenamente mi mente y mi corazón.

Pero, educada cristianamente e impulsada, tal vez, por el Espíritu, me di cuenta enseguida que estaba cautivada sobre todo por un interés profundo: conocer a Dios.

Por eso estaba convencida de que estudiar en una universidad católica respondería a mis aspiraciones más profundas.

Pero, ante la imposibilidad de cursar estos estudios por la precaria situación económica de mi familia, me inscribí en un concurso que ofrecía, a un cierto número de estudiantes de Italia, una beca de estudio.

Mi desilusión fue enorme cuando supe que no estaba incluida en aquel número y lloré desconsoladamente.

Mientras mi madre trataba de consolarme, sucedió algo insólito. Me pareció advertir en lo más profundo del alma, casi como una voz sutil que me decía: “Yo seré tu maestro”. Y de inmediato me tranquilicé.

Era una chica católica y todos los días recibía la Eucaristía.

Pero, un día, se encendió una luz.

“¿Cómo - me dije a mi misma - tú buscas la verdad? No existe acaso alguien que ha dicho que Él es la Verdad en persona? Jesús no dijo de sí: “Yo soy la verdad”?¹

Y fue este uno de los primeros motivos que me empujaron a buscar la verdad no tanto en los libros, sino más bien en Jesús. Y me propuse seguirlo.

Mientras tanto - estábamos en 1943 - la Providencia había dado vida a lo que sería después el Movimiento de los Focolares.

Yo seguía estudiando en la universidad estatal y 14 veces, debido al trabajo cada vez mayor que me exigía el recién nacido Movimiento, tuve que dejarlos y reanudarlos. Hasta que un día puse decididamente mis queridos libros en el altillo.

¹ Cf. Jn 14, 6.

Pero me había quedado un libro: el Evangelio.

Bajo el furor de la guerra, lo llevaba con mis amigas a los refugios y lo leíamos. ¡Qué asombroso! Aquellas palabras oídas tantas veces, adquirirían un sentido profundo, un esplendor insólito, como si una luz por debajo las iluminara todas.

Eran palabras diferentes a las otras, incluso a las que se pueden encontrar en los mejores libros espirituales. Universales, por tanto, adecuadas para todos: jóvenes, adultos, hombres, mujeres, italianos, coreanos, ecuatorianos, nigerianos..., eran eternas, para cada época, por lo tanto también para la nuestra. Y se podían poner en práctica. Es más, escritas con divina perfección escultórica, impulsaban a las personas a traducirlas en vida.

Si bien es verdad que todo el Evangelio nos atrajo, hasta llegar a considerarlo la regla del nuevo Movimiento, aquella luz (hoy tal vez podríamos decir: aquel carisma) nos llevó a subrayar y nos empujó a hacer nuestras, de un modo especial, las palabras que constituirían las ideas-fuerza de una nueva espiritualidad de la Iglesia: la espiritualidad de la unidad.

Pero antes de señalarlas quisiera indicar dos episodios singulares de aquellos primeros días.

El primero. Reunidas, nosotras, primeras focolarinas, un día, en un sótano, para repararnos de los peligros de la guerra, abrimos el Evangelio al azar, y nos encontramos frente a la solemne oración de Jesús al Padre². “Padre santo”, empezamos a leer, y tuvimos la impresión de penetrar, al menos un poco, en ese fragmento difícil para nuestra preparación. Pero sobre todo advertimos con certeza que habíamos nacido para realizar esa página del Evangelio. Esa sería la ‘magna carta’ del nuevo Movimiento.

El segundo episodio. Por una circunstancia especial, Dios había concentrado nuestra atención en un aspecto del misterio de la cruz: en el abandono de Jesús.

Como afirman místicos y teólogos, esa había sido su pasión interior, el punto culminante de sus dolores, el drama de un Dios que grita: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”³.

Con la generosidad de la juventud decidimos que en nuestra existencia lo seguiríamos a Él.

Volviendo ahora a las ideas-fuerza que tomamos del Evangelio, eran:

Dios, nuevo Ideal de nuestra vida, que se manifestó, en medio de los horrores de la guerra, fruto del odio, por lo que realmente era: Amor;

hacer la voluntad de Dios y vivir su Palabra como nuestra posibilidad de responder a su amor con el nuestro;

amar al hermano, sobre todo si padece necesidades, como mandamiento en el cual se resume toda la ley;

realizar radicalmente el mandamiento nuevo, típico de Jesús;

asumir la cruz, cada una de las cruces, personales, del prójimo, y presentes en la Iglesia y en la humanidad;

realizar la unidad con Jesús y con los hermanos, como se desprende de su oración por la unidad;

vivir con la presencia de Jesús entre nosotros que fue prometida a los que se unen en su Nombre, o sea, en su amor.

Todo ello alimentándonos cada día de la Eucaristía, vínculo de la unidad; viviendo la Iglesia sobre todo como “comunión”; imitando a María, “Madre de la unidad” en su desolación; dejándonos guiar cada una y juntas por el Espíritu Santo, Amor-Persona en la Trinidad y vínculo de unidad también entre los miembros del Cuerpo de Cristo.

² Jn 17.

³ Mc 15, 34; Mt 27, 46.

Había nacido así, en la Iglesia y, tal vez, por primera vez, una espiritualidad más comunitaria que individual, que permitía no sólo a los individuos el acceso a la perfección, sino a muchos, es más, al pueblo.

Y era una forma de santidad - como vamos descubriendo - de una actualidad sorprendente.

“La figura del santo (...) seguirá teniendo un grandísimo prestigio... - había dicho Pablo VI cuando era cardenal -. Pero (...) la Iglesia hoy tiende a una santidad de pueblo”⁴.

Y Juan Pablo II afirmó recientemente, hablando a los Obispos amigos del Movimiento, que una espiritualidad personal y comunitaria juntas, es “constitutiva” para los cristianos y, por consiguiente, también para los Obispos”⁵.

El arzobispo de Trento, ciudad natal del Movimiento, en el norte de Italia, lo bendijo, descubriendo en el nuevo fenómeno nacido en su diócesis, la mano de Dios.

No todo, naturalmente, fue fácil. El Evangelio suscita amor y también odio y ante sus obras tampoco el enemigo de Dios se queda inactivo. Pero, con la bendición de la Iglesia local y luego de la universal, todo siguió adelante, se ha desarrollado y nació, con los años, un vasto Movimiento que se difundió en todo el mundo, con millones de adherentes.

El conjunto, bien organizado por el Espíritu, forma una Obra que, junto a otras de nuestro tiempo, demuestra que la llegada, a la Iglesia y al mundo, de una nueva primavera, prevista por los Papas, no es una utopía.

Conscientes y convencidos de que todo lo nuevo que nace en la Iglesia debe estar en comunión plena con el Magisterio y la Tradición, algunas décadas después del nacimiento del Movimiento, hacia los años 70, se quiso comparar los puntos fundamentales de nuestra espiritualidad, así como se comprendían y vivían, con lo que habían dicho sobre ellos los Padres de la Iglesia, los Concilios, los santos, los Papas, los grandes teólogos.

Tuvimos la alegría de descubrir una maravillosa sintonía y se nos confirmó que éramos, aunque con un modo de pensar y de actuar particular, una sola cosa con la Madre: la Iglesia.

De consecuencia comprendimos de una manera más profunda e iluminada toda su doctrina. Ha sido una inmersión que ayudó a cada uno de nosotros a ser, cada vez más - lo esperamos -, almas-Iglesia.

En estos últimos años nos hemos dado cuenta de que está naciendo de esta vida, de esta experiencia personal y comunitaria, de la ascética y mística relativa, una doctrina enraizada siempre en la eterna verdad de la Revelación, pero que desarrolla y hace nueva la tradición teológica.

La presencia en el Movimiento de un Obispo, monseñor Klaus Hemmerle, famoso, profundo y moderno teólogo de Alemania, muerto hace poco, y de profesores y expertos, focolarinas y focolarinos laicos, sacerdotes y religiosos - que han vivido su vida en el Movimiento, no apartándose jamás del estudio, sino enriqueciéndose, año tras año, con una verdadera y profunda cultura iluminada ya con el carisma de la unidad - fue la ocasión de abrir una Escuela, que estudiase esta doctrina: la así llamada ‘Escuela Abbá’.

Por otra parte, no era la primera vez que esto sucedía en la Iglesia.

¿Acaso el Espíritu no ha dado vida a una nueva doctrina de la experiencia de san Francisco, encomendando esta tarea más precisamente a san Buenaventura, al beato Duns Scotto?

¿No es santo Tomás de Aquino el teólogo de la Orden fundada por san Domingo, además que el “*doctor communis*”?

Del mismo modo, si se nos permite compararnos con realidades tan grandes, también en nuestro caso (ya que no se trata tanto de nosotros, sino de Dios que actúa) después de casi 50 años de vida, se nos ha

⁴ G.B. card. Montini, *Discorsi su la Madonna e su i Santi* (1955-1962), Milán 1965, p. 499-500.

⁵ Cf. Juan Pablo II, Audiencia del 16.02.1995 a un grupo de obispos en *L'Osservatore Romano*, ed. en español del 24.02.95 p. 2.

abierto una posibilidad análoga.

Y se ha estudiado y se estudia. Se estudia la experiencia hecha por nosotros en todo este tiempo. Se la confronta con la Sagrada Escritura y con la gran tradición de la Iglesia.

Se profundiza también en las muchas intuiciones o iluminaciones que, especialmente, pocos años después del inicio del Movimiento, en el 49, parece ser el Espíritu nos ha sugerido sobre el vasto campo de la fe.

Pero, ¿cuáles son los puntos fundamentales de la teología que derivan del carisma de la unidad?

Ahora quisiera recordar algunos, aunque no agotan por cierto las pistas de profundización y de investigación que se están emprendiendo.

Se trata de Dios Amor, de la unidad, de Jesús crucificado y abandonado y de María.

Dios Amor, antes que nada. También para nuestra teología es válido lo que Juan Pablo II dijo de la espiritualidad, que Dios nos donó: que su chispa inspiradora fue el amor⁶.

No, como es obvio, un amor cualquiera, sino el ágape, el amor de Dios, el amor que es Dios. El punto de partida de nuestra experiencia y de la teología que se desprende, por consiguiente, es el mismo de la fe cristiana: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene. Dios es amor”⁷.

La originalidad de la revelación cristiana, que da a conocer en su inaudita profundidad la autorrevelación de Dios en el Antiguo Testamento: “Yo soy Aquel que soy”⁸, llevando a cumplimiento, al mismo tiempo, las semillas del Verbo presentes en las distintas religiones está encerrada en la confesión de fe del Nuevo Testamento: “¡Dios es Amor!”.

El amor, que no es solamente un atributo de Dios, sino su Ser. Y porque es Amor, Dios es Uno y es Trino al mismo tiempo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Jesús, sobre todo en su evento pascual de pasión, llevada hasta la anulación del abandono y la muerte, que da como fruto la resurrección y la efusión del Espíritu, nos revela el Ser de la Trinidad como Amor.

El Padre genera por amor al Hijo, se “pierde” en Él, vive en Él, se hace, en cierta forma, “no-ser” por amor y precisamente así, es, es Padre. El Hijo, como eco del Padre, vuelve, por amor al Padre, se “pierde” en Él, vive en Él, se hace “no-ser” por amor y precisamente así es, es Hijo. El Espíritu Santo que es el recíproco amor entre Padre e Hijo, su relación de unidad, se hace, también Él, en cierta forma, “no-ser” por amor y precisamente así, es, es el Espíritu Santo.

Vinculado estrechamente al primer punto está el segundo: la unidad.

Como ya he dicho, desde el inicio del Movimiento quedamos fulguradas por las palabras de Jesús en la oración de la unidad: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has mandado”⁹.

De estas palabras, tratando de ponerlas en práctica, hemos descubierto que partía una luz que iluminaba el proyecto de amor de Dios sobre la humanidad.

De hecho, Jesús - hemos comprendido - es el Verbo de Dios hecho hombre para enseñar a los seres humanos a vivir según el modelo de la vida trinitaria, la vida que Él vive en el seno del Padre.

Él no se contentó con poner en evidencia y unir estrechamente los dos mandamientos centrales del Antiguo Testamento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...”

⁶ Visita de Juan Pablo II al centro internacional de Rocca di Papa, el 19 de agosto de 1984; cf. Città Nuova, n. 17, 1984.

⁷ 1 Jn 4, 16.

⁸ Cf. Ex 3, 14.

⁹ Jn 17, 21.

Amarás a tu prójimo como a ti mismo”¹⁰. Sino que nos enseña el mandamiento que Él no duda en definir “suyo” y “nuevo”, con el cual poder vivir la vida trinitaria en la tierra: “Ámense los unos a los otros, como yo los he amado”¹¹.

El mandamiento del amor recíproco vivido con la medida del amor de Jesús por nosotros, hasta el abandono que nos consume en uno, en Él, define - como ha subrayado el Concilio Vaticano II¹² - la visión del hombre que nos reveló Jesús, el corazón de la antropología cristiana.

Así pues, cuando se vive el mandamiento nuevo en la tensión de acoger el don de la unidad en Jesús, que procede del Padre, la Vida de la Trinidad no vive solamente en lo íntimo de cada persona, sino que fluye libremente entre los miembros del místico Cuerpo de Cristo.

Este puede llegar a ser plenamente lo que es por la gracia de la fe y de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía: presencia de Cristo resucitado en la historia, que revive en cada uno de sus discípulos y en medio de ellos¹³.

Y ahora el tercer punto fundamental: Jesús crucificado y abandonado.

El Espíritu Santo mismo, creemos, antes de hacernos penetrar en el misterio de la unidad, concentró nuestra fe y nuestro amor exclusivo en Jesús que, como ya dije antes, en un vértice insuperable de amor y de dolor, grita desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”¹⁴.

Es el momento en el cual Él experimenta la separación más abismal que se pueda pensar. Experimenta en cierta forma, la separación de su Padre con el cual es y sigue siendo una sola cosa. De esta manera da a todos los hombres una unidad nueva y más plena de la que perdieron con el pecado. Da la unidad con Dios y entre ellos como participación en su unidad con el Padre y con nosotros. Él es, por lo tanto, la clave de comprensión y de realización de la unidad.

Para realizar la unidad es necesario, de hecho, tener presente y amar a Jesús crucificado y Abandonado. Hay que amarlo con la manera radical de san Pablo, quien afirmó: “No quise saber nada fuera de Jesucristo, y este crucificado”¹⁵.

Jesús, en su abandono, se volvió - como dice la Escritura - “pecado”¹⁶, “maldición”¹⁷ para hacerse uno con los alejados de Dios.

Por eso Jesús crucificado y Abandonado parece realmente el Dios de nuestro tiempo. Es la divina respuesta a los abismos de sufrimiento y de prueba abiertos en el corazón de la humanidad por el ateísmo, que impregna una gran porción de la cultura moderna; de la miseria de millones de desheredados; de la búsqueda de sentido y de ideales de las nuevas generaciones desilusionadas y desorientadas.

Jesús Abandonado es el Dios de hoy también porque es la imagen de la división que existe entre las Iglesias, divisiones de las que, en este momento, somos más que nunca conscientes.

Pero es precisamente descubriendo en estas divisiones su rostro, que nace la esperanza de poder cooperar vitalmente en la reunificación.

En especial, intuimos que en Él, “que era Dios y se anuló” - como escribe Pablo en la carta a los

¹⁰ Cf. Mt 22, 37-39.

¹¹ Cf. Jn 13, 34; 15, 12.

¹² Cf. Gaudium et Spes, 22, 24.

¹³ Cf. Mt. 18, 20.

¹⁴ Mc 15, 34; Mt 27, 46.

¹⁵ 1 Cor 2, 2.

¹⁶ Cf. 2 Cor 5, 21.

¹⁷ Cf. Gal 3, 13.

Filipenses¹⁸ - se abre una vía providencial para entablar un diálogo con las tradiciones religiosas de Oriente, que representa uno de los desafíos más arduos y urgentes en el alba del tercer milenio.

Por último María. Ella, pensamos, no puede ser solo un tema como los demás, aunque importante, de nuestra teología.

Tal vez porque la nuestra es Obra suya, Obra de María. Tal vez porque hoy muchos signos de los tiempos y autorizados estudios del magisterio nos dicen que está emergiendo un "perfil mariano" de la Iglesia. Tal vez porque asistimos al fenómeno singular de un reconocimiento de la figura de María por parte de personas de otras creencias religiosas. Por todo ello advertimos que se preanuncia una nueva y singular estación de reflexión mariológica.

En esa, pensamos, la realidad de María es considerada en el contexto del designio global de salvación de Dios sobre la humanidad entera y el cosmos.

De hecho, María, como ha dicho recientemente Juan Pablo II, es "parte integrante en la economía de la comunicación de la Trinidad al género humano"¹⁹.

Ella es la Madre del Verbo de Dios hecho hombre; esto la coloca en una relación extraordinaria y única con toda la Santísima Trinidad²⁰.

Esta es sobre todo la real grandeza de María que "magnifica" la grandeza de Dios y de sus obras.

Pero María es también Madre de la Iglesia. Así como ha generado el Hijo de Dios en la carne por obra del Espíritu Santo, del mismo modo, participando de una forma especial, de la redención en la desolación vivida a los pies de la cruz²¹, Ella participa eficazmente dando vida nuevamente a los hijos de Dios realizada en el seno de la Iglesia por el Espíritu Santo.

María, ahora en el Cielo, en el proyecto que Dios tenía para Ella, realizado completamente, es la flor y la primicia de la Iglesia y de la creación que en Ella ya ha sido cristificada y divinizada. Se la puede considerar, de alguna manera, enclavada por gracia en la Trinidad, como icono y expresión de toda la creación.

De hecho, dado que subsiste en Dios una perfecta pericóresis entre las tres divinas Personas y que mediante Cristo, en el Espíritu, se realiza también una pericóresis entre la Trinidad y la humanidad, vértice y síntesis de la creación: "Los amaste como me amaste a mí"²² - también toda la creación recapitulada en Cristo está destinada a ser, como María y en Ella eternamente incluida en la Trinidad. O sea, destinada a vivir y a gozar infinitamente de la vida íntima de Dios, en el dinamismo siempre nuevo e inagotable de las relaciones trinitarias.

Espero que se haya podido intuir, con la doctrina que nace de este carisma de la unidad, que se tiene la impresión de poseer una visión nueva del centro de la Revelación.

Nuestros teólogos, de hecho, citando a von Balthasar, recuerdan que: "carismas como el de Agustín, Francisco, Ignacio pueden recibir del Espíritu una percepción sobre el *centro de la revelación*. Percepciones que enriquecen a la Iglesia de un modo inesperado y, sin embargo, perenne. Se trata - sigue el gran teólogo - todas las veces de carismas en donde la inteligencia, el amor y la secuela son inseparables. Se reconoce que el Espíritu es al mismo tiempo divina sabiduría y divino amor y en ningún caso pura teoría, sino siempre

¹⁸ Cf. Fil 2, 6-7.

¹⁹ Juan Pablo II, María en la perspectiva trinitaria, en *L'Osservatore Romano*, ed. en español del 11.01.96.

²⁰ Cf. Lc 1, 35.

²¹ Cf. Jn 19, 25-27.

²² Cf. Jn 17, 23.

praxis viva²³.

Esos profesores dicen que antes que nada quienes ahondan en esta doctrina - tal vez porque, esforzándose constantemente en vivir según este carisma de la unidad, se mantienen unidos - entre profesores - en el nombre de Jesús, por eso Él está presente entre ellos, y porque son nutridos cotidianamente por la Eucaristía - pueden de un modo particular participar de Él o, como dice Agustín²⁴, sentirse identificados con Él.

Por tanto, una novedad que al parecer emerge de este carisma vivido así es que la teología que se desprende no es sólo una teología sobre Jesús, sino una teología de Jesús: de Jesús presente en y entre los teólogos.

De hecho, observan que el camino recorrido en la reflexión cristiana ha sido sobre todo mirar a Jesús como Objeto de la teología. Es obvio que siempre se fue conscientes de que un Objeto como ese - el Hijo de Dios hecho hombre - exigía un adecuado sujeto de conocimiento, o sea, una razón iluminada por la fe, una razón cristificada.

Sin embargo, a excepción, pensamos, de la elaborada por teólogos que eran también carismáticos y a menudo santos (como, por ejemplo, limitándome a la tradición occidental, un san Anselmo de Aosta, un san Bernardo de Claraval, un santo Tomás de Aquino, un san Buenaventura y antes todavía, obviamente, entre Oriente y Occidente, los Padres de la Iglesia), la teología generalmente en Occidente ocupó un lugar destacado en el pasado, sobre todo reciente, más como una reflexión sobre Dios y sobre Jesús, un conocimiento por tanto casi “desde afuera” más que “desde lo más hondo” del misterio considerado y, por participación, en la fe y en el amor, al conocimiento que Jesús tiene del Padre. “Nadie conoce al Hijo - dijo Jesús - sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiera dar a conocer”²⁵.

Este es un conocimiento que Jesús, mediante su Espíritu, da a su Cuerpo místico, y que es acogido plenamente cuando se es “uno” en Él²⁶, casi una sola “mystica persona”²⁷.

Por este carisma de la unidad se realiza la condición para que renazca precisamente una gran teología *de* Jesús. Obviamente no del Jesús de 2 mil años atrás, sino del Jesús que hoy vive en la Iglesia.

De aquí, también una segunda novedad. Esta teología, siendo la *de* Jesús que subió y está en el *seno del Padre*, que vive hoy en la unidad que es la Iglesia, se caracterizaría por su perspectiva desde el Uno, o sea, desde Dios, donde todo existe en su verdadera realidad.

Sería, por tanto, “una” perspectiva, junto a las otras, que no las excluiría, es más, las presupondría y las valorizaría. Pero, al mismo tiempo, podría ofrecer un aporte original para armonizarlas, pues las podría conducir a la unidad, iluminándolas en un horizonte nuevo.

Además, ya que en cierto modo, como hemos mencionado, es una teología de Jesús, en el que todas las realidades creadas son recapituladas, ella también iluminaría las distintas ciencias, haciéndolas más verdaderas y más auténticas. Y esto ya lo hemos experimentado.

Es más, se puede soñar que vuelva a ser la madre y ¿por qué no?, aunque en un sentido distinto al de la edad media, la reina, no destruyendo la legítima autonomía de cada una, sino volviendo a conducir a

²³ Teologica, III, Jaca Book, Milán 1992, p. 22.

²⁴ Agustín, In Jo. Ev., tract. 21, 8-9:PL 35, 1568-1569.

²⁵ Mt 11, 27.

²⁶ Cf. Gal 3, 28.

²⁷ Santo Tomás de Aquino, De ver. 29, 7 ad 11.

su verdadera raíz y a su verdadero fin.

Rector Magnífico, Eminencias, Excelencias, Reverendos padres, señoras y señores y todos los que olvido, ya que el doctorado que apenas me han conferido ha sido ocasionado por la teología que concierne al Movimiento de los Focolares, he tratado de detenerme un poco en ella. Espero haya sido de su agrado. Y una vez más, gracias.

Chiara Lubich